

Marcela García Robles Gil

AGUA TURBIA

CONTENIDO

Prólogo	9
Uno	13
Dos	24
Tres	32
Cuatro	44
Cinco	54
Seis	65
Siete	78
Ocho	90
Nueve	98
Diez	109
Once	120
Doce	130
Trece	146
Catorce	155
Quince	165
Dieciséis	181
Diecisiete	198
Dieciocho	210
Diecinueve	223
Veinte	241
Veintiuno	252

Veintidós 263

Veintitrés 275

Veinticuatro 285

Veinticinco 295

Veintiséis 302

Veintisiete 315

Veintiocho 335

Veintinueve 346

Treinta 357

PRÓLOGO

Son tres los cerros que rodean a Cuitla. La vereda por donde uno tiene que bajar para ir a Los Amates, el pueblo más cercano, está llena de matorrales espinosos, de esos que se engarruñan en las piernas. Todos los días amanecen matas nuevas que se enraizan la noche anterior, cuando la tierra se traga el sol, cuando los coyotes chillan de frío.

Hay quienes dicen que Cuitla vuelve loco a cualquiera por la altura y el mal respirar. Otros culpan a la niebla, amarillenta y espesa, que dizque acarrea almas del purgatorio al infierno. Yo nunca creí esas cosas. El clima de arriba es bueno para la ponedera de las gallinas que se imponen al fresco, los calores de otros lados malogran los huevos.

En las épocas buenas llegamos a tener treinta gallinas. Una choza de buen tamaño, a unos cuantos pasos de la casa, que tenía su techo de lámina y los nidos escondidos en un recoveco alto. Antes me daba por pensar que las gallinas no tenían buen corazón, que ponían y ponían huevos para luego olvidarse de ellos. Ahora sé que lo hacen para evitar la sufridera de perder lo que se quiere. Una sola vez nos salió una gallina clueca de nacencia, era retelindo verla empollar en el nido mientras las otras andaban por todos lados

picoteando el maíz o dándose baños de tierra. Nunca tuvimos gallos, no se necesitaban para la ponedera y eso de que cantan lo dicen quienes nunca han tenido que despertarse al alba con sus gritos. Los gallos gritan y lo mejor de Cuitla era el silencio.

Las matas se tragaban el ruidajal que hacían allá abajo tanto coche y tantas gentes. A eso de las seis de la tarde, la niebla bajaba a taparle a uno las orejas. De tan callado que era Cuitla, si me ponía abusada, hasta podía oír el crujido de las piedras cuando ruedan vereda abajo como chamacos aburridos. Nunca supe cuántos vivimos ahí porque nadie, nunca, subió a contarnos.

Nuestra casa era de adobe, tenía una cocina y un cuarto en el que dormíamos mamá y yo. Hasta baño teníamos. Según mamá, era un lujo tenerlo ahí dentro, porque en otros tiempos ella había tenido que cavar un hueco entre las matas para vaciar la tripa.

Las otras casas estaban salpicadas como pulgas en lomo de perro. A veces veíamos a los vecinos en la vereda, siempre de lejecitos. Ni caso tenía ponerse a hablar del clima o de las cosas que se dicen las gentes cuando el silencio cala. Cuitla siempre fue igual: fresca y fría bajo un cielo gris. En cambio, se iba repitiendo entre las bocas eso de que había que bajar a Los Amates «a ganarse la vida». Como si allá arriba, en Cuitla, se perdiera.

Yo siempre imaginé que los coyotes nos iban a reclamar la tierra, que se escondían cuando el sol se asomaba entre la nublazón para hacernos creer que eran unos cuantos. A mí se me había afinado el oído, aprendí a distinguir los aullidos de los machos de los lloriqueos de las hembras cuando se apareaban. Si podían tener seis o siete crías, al poco rato

ya serían más los coyotes que las gentes de Cuitla. Por eso nos miraban en las noches desde los matorrales con los ojos enturbiados de rabia, esperando el menor descuido. Alguna vez se lo dije a mamá, pero ella me contestó que el miedo era mal consejero, que los animales no tienen sesos pensantes como tenemos las gentes, aunque lo dijo con la angustia trepada en la cara y luego se persignó.

A veces pienso que las piedras no crujían nomás por crujir. Y que el aullido de los coyotes, la noche antes de que Pascuala le sacara el bebé a la niña Margarita, fue un augurio.

UNO

Hacía viento y llovía. Yo había lavado las mantas del catre para sacarle los olores y preparé agua de limón con piloncillo, así como le gustaba a la niña Margarita, pero dijo que no tenía sed. Llevaba rato sentada en el catre, con las rodillas bien juntas y las manos entrelazadas como quien reza. Le pregunté si estaba segura de lo que iba a hacer.

Dijo que sí con la cabeza.

Me puse el rebozo rojo de flores que había sido de mamá. Le pregunté si ya me lo había visto alguna vez, nomás por hacerla hablar. No dijo nada. Se tendió en el catre, su pelo larguísimo rozaba el suelo. Me acerqué para alzarlo porque la lluvia alebresta a los alacranes, pero me detuve cuando le vi los ojos de color azul noche. Yo conocía bien los dos tonos de sus ojos: azul cielo cuando andaba tranquila, y azul noche cuando le agarraba la tristeza o el miedo. «¿Qué pasa?», preguntó. Le acaricé el pelo y, como que no quiere la cosa, lo alcé al catre. Luego le dije: «Lavé las mantas». Quiso sonreír porque se le movieron los labios. Se miraba retelinda ahí tendida en mi catre. Daba la impresión de tener una luz debajo de la piel, algo que la hacía verse blanquísima y, sin poderme aguantar las ganas, la miré largo rato. Miré los caireles chiquititos que le salían en el nacimiento de la frente, miré las pecas que manchaban la punta de su nariz respingona, miré la piel clarita de

sus labios. No quería dejarla sola, pero tenía que ir por la curandera y, cuando se lo dije, me acerqué para darle un beso en la frente. Entonces sí sonrió.

Caminé con apuro. Un viento emperrado mal me dejaba avanzar. El cielo se desplomaba en uno de esos aguaceros bravos que hacen surcos en la tierra. La casa de Pascuala estaba cerca de la vereda que baja a Los Amates, a unos diez minutos de la mía si una iba sin apuro. A esas horas andar de un lado a otro en Cuitla era peligroso y más con esa lluvia. En las noches las víboras se escondían entre los matorrales a esperar pies que morder y, aunque hay quien dice que a los coyotes les da miedo la lluvia, porque se arrejuntan bajo los árboles cuando llueve, a decir verdad, nadie sabe bien a bien lo que sienten los coyotes.

Entre las matas, el claro que las gentes habían dibujado con sus pisadas, se volvió un río de lodo. No tuve más remedio que serpentear entre los huizaches crecidos y tratar de acordarme cómo es que se decía el padre nuestro.

Cuando llegué al lugar donde según yo vivía Pascuala, nomás no encontré su casa. Pensé: «Se la tragó la noche». Caminé dando vuelta y vuelta. El viento seguía enrabiado, arrancaba las matas y torcía la lluvia. Era como si el cielo estuviera de lado. Cerraba los ojos y ya luego volvía a abrirlos porque el aire nomás no se aplacaba. Anduve así un rato hasta que apareció la casa, como recién eructada y llena de babas. Los techos de palma escurrían sobre las paredes de adobe rojizo. Pascuala estaba ahí, prendió una luz y pude verla detrás de la ventana.

Abrió apenas una rendija de la puerta. Me acerqué con apuro y alzó una mano para que yo no entrara. «La curandera no deja que nadie entre a su casa», se me repitieron

los decires de las gentes de Cuitla que, en veces como esa, resultaban ser verdad.

—Con ese rebozo pareces la caperucita roja, Lupe. —Me miró de arriba abajo—. Estás bien loca saliendo así, de noche y con esta tormenta.

—Es que la niña ya está en mi casa. —La vi palmotear los lados de su falda, sacar una cajetilla de cigarros del bolsillo y prender uno—. La dejé ahí recostada, nos está esperando.

Le dio una fumada al cigarro y se quedó mirando cómo me mojaba. Pascuala tenía el pelo cenizo y revuelto, quizás el viento se le había metido a la casa. Volvió a decir algo de mi rebozo, que si me equivoqué de cuento porque en Cuitla no hay lobos sino coyotes y no sé cuántas cosas que yo no oía bien porque había empezado a relampaguear. Ella nomás se reía sola. Me dieron asco sus dientes: chuecos y chiquitos como de boca de niño.

—¿Alguien sabe que está preñada? —preguntó cuando se cansó de reír—. La niña esa, ¿cómo dices que se llama?, ¿alguien sabe?

—Nadie, sólo yo —dije nomás. No me dieron ganas de decir su nombre.

—¿Y por qué sólo te lo contó a ti? —Lo dijo alargando la i, como si con eso quisiera decirme algo que yo debía saber y me peló sus dientillos. Me dio un escalofrío. Le di la espalda como si la Virgen me hablara de por ahí, detrás de un matorral, aunque Pascuala sabía de sobra que la Virgen no sube a Cuitla. Como vio que nomás no le iba a responder, dijo: —Mira, mientras me paguen por el servicio no voy a seguir preguntando. Ya están bastante crecidas y sabrán lo que hacen. —Aventó la colilla del cigarro en

un charco y se pasó un buen rato mirando cómo flotaba, hasta que por fin volvió a hablar—. Voy por mis lentes y nos vamos.

La esperé afuera nomás piense y piense. Pascuala me daba mala espina. Se sentía dueña de mi gallinero desde que se juró con mamá. Cuando la muerte ya la andaba rondando y las fiebres le reventaban los labios, Pascuala le dijo: «Vete en paz, Dolores, yo me encargo de las gallinas y de Lupe». A mí se me hace que, en sus delirios, mamá confundió a la curandera con un mártir de esos a los que tanto les rezaba, porque luego luego dijo que sí. La mera verdad, alguien tenía que cuidar a las gallinas, porque yo agarraría el trabajo de criada que mamá, ya de muerta, no podría hacer.

Los primeros años que trabajé en esa casa, que estaba en Los Amates, volvía a Cuitla una vez al mes y veía a Pascuala metida en mi gallinero. No cuidaba gallinas, cuidaba enfermos: vendía cremas, untaba ungüentos, quitaba mal de ojo con los huevos. Cuando cumplí la edad en la que una ya anda sola y sabe defenderse en el transporte público, volvía a Cuitla dos semanas. Ya eran tantos los enfermos que algunas vecinas cargaban canastas de tacos sudados y los vendían de a dos por tres pesos. El gallinero siguió teniendo gallinas, pero esas gentes comenzaron a referirse a él como La clínica de Pascuala.

La lluvia me caía ahora de arriba, golpeaba mi cabeza con su furia helada. Apreté los brazos contra el pecho para amainar el frío, aunque me entraba por debajo de la falda. No dejaba de pensar en la niña: en los alacranes que se le enredarían en el pelo si lo dejaba caer del catre, en el hueco del techo y las goteras, en la cubeta que debí poner y no puse.

—¡Pascuala! —la llamé luego de un rato. Nada que me contestaba—. ¡Pascuala!

Me metí a su casa a buscarla. El techo era bajito, como si sólo estuviera hecho para que cupiera ella. Olía a iglesia. Una varita echaba humo junto a una Virgen que tenía la cara huesuda. Se me hizo raro, había pensado que Pascuala era de esas gentes que no creen en nada más que en sus yerbas. Me acerqué para mirarla bien. Estaba vestida como Virgen, con su manto estrellado y todo, pero era una calavera.

—¿Quién te dio permiso de entrar? —Pascuala, que salía de quién sabe dónde, traía en la mano una botella de *cocacola* rellena de algo amarillento. Le tocó las cuencas de los ojos a la Virgen muerta y se persignó. Debió ver mi cara de espanto, pero no me dijo nada más que: «Órale, Lupe, nos vamos».

Camino a casa, Pascuala daba zancadas. Lo hacía dizque para espantar a las serpientes. A leguas supe que no quería que le preguntara nada de esa Virgen. Yo iba detrás tratando de seguirle el paso. Le había crecido un bulto de carne en la espalda que la doblaba hacia adelante al andar. El agua le aplacó el pelo, tenía la cabeza diminuta, como las gallinas cuando les llueve. Sí. Pascuala podía estar vieja, pero se movía con la urgencia de las almas que carga el diablo. «Ya nos vieron los coyotes», dijo de buenas a primeras. No se detuvo a buscarlos. Yo tampoco me detuve, aunque sentí algo moverse detrás de los huizaches al ladito mío y ya casi al llegar a casa los escuché aullar. Eran varios, unos ladraban y otros chillaban tan cerquita de mí que me dio por correr.

Ya en casa, Pascuala se sobó los brazos como si el agua de lluvia le quemara la piel. Se le quedó mirando a la cortina que separaba la cocina del cuarto. «¿Todavía no las

cambias?», preguntó como si en eso hubiéramos quedado. No contesté. Estaban ahí colgadas y Pascuala las miraba y luego me miraba a mí. Era una de esas preguntas que se hacen nomás para que quien responda, se oiga su propia voz al responder. Mamá había cosido esa cortina a mano cuando yo todavía era una niña. Según ella, le habían dado un buen precio en el mercado navideño de Los Amates. La mera verdad yo no le hallaba chiste a la Navidad y como nunca recibí regalos jamás creí en Santa Clos, pero me gustaba ver esas caras gordinflonas y sonrientes, las barbas blancas y los cachetes rosados que se atiborraban en la tela de la cortina, así, sin ton ni son, porque me hacían pensar en mamá.

Corrí la cortina. La niña Margarita seguía recostada en el catre y cuando nos vio puso cara de espanto. Nunca supe si nos miró así porque veníamos empapadas y jadeantes o porque ya era tarde para arrepentirse.

—Quédate ahí echada —ordenó Pascuala sin saludarla siquiera. Levantó el camisón de la niña, le tocó la barriga que ya se le veía abultada. A la niña se le puso chinita la piel con el manoseo de Pascuala. Quién sabe cómo le hizo para ver los adentros de la niña porque de repente dijo: —El niño no se ha formado.

—Pues hace varios meses que no le viene la regla. —Yo sabía muchas cosas de la niña, cosas que hasta ella misma olvidaba.

—No me acuerdo, Lupe —murmuró ella sin dejar de mirarme—, creo que cinco meses.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Pascuala.

—Recién cumplió diecinueve —dije yo—. Las dos nacimos en el año setenta y cuatro.

—¿Ya le dijistes a la güerita que yo cobro por adelantado?

—Sí —respondí.

Dos semanas antes, la niña me había pedido que empeñara un dije que había heredado de su abuela. Entonces, yo no sabía lo que era un dije. Estábamos sentadas en su cama, hacía tiempo que la niña había agarrado la maña de echar llave en su cuarto para que yo no entrara. Esa noche, en cambio, ella misma me había ido a buscar al cuarto de servicio. Cruzamos la casa a oscuras y al llegar a su cuarto cerró la puerta.

Esperé a que encendiera la lamparita. Había mucho desorden. Lo primero que hice fue alzar el edredón de la alfombra, fueron cayendo clínex hechos bolas. Había llorado tanto que los ojos se le escondían debajo de los párpados. La niña se sentó en la alfombra mientras yo le volvía a tender la cama. Ni siquiera se había cambiado las ropas. Le di una pijama limpia y cuando se desvistió, vi lo abultada que tenía la panza. Una raya color tierra le cruzaba la barriga de arriba abajo, el ombligo ya se le andaba brotando. Le pregunté si le dolía. Si me decía que sí, le pediría permiso para sobárselo, pero dijo: «No».

Nos recostamos en su cama. Ella mirando al techo y yo mirándola a ella y a la medallita esa que andaba sobe y sobe con los dedos.

—Y eso, ¿qué es?

—Es un dije.

—¿Un qué?

—Un dije.

—¿Y qué es eso?

—Algo que vale mucho, Lupe. Es una antigüedad, ¿sabes qué son las antigüedades?

—¿Cosas viejas?

—No, tonta. —Lo puso en mis manos mientras se sonaba la nariz.

—Pues nadie quiere cosas viejas, ¿a poco cuesta mucho?

—Ay, Lupe. —Rodó sus ojos igualito que los rodaba su mamá cuando se desesperaba por algo que yo hacía mal. Se me figuró que me iba a correr de su cuarto y ya me andaba alzando de la cama cuando dijo—: Espera. Perdón, Lupe, es que a veces pienso que tú...

—¿Que yo qué? —Me quedé esperando un ratito a ver si me decía algo, pero nomás me quitó el dije de la mano—. Dime, niña. ¿Yo qué?

—Tú nada, Lupe. Tú nada.

Después de eso ya no hablamos. Yo nomás oía el silencio. En Cuitla había aprendido que, si uno le pone atención al silencio, el silencio le habla a uno.

Frente a la cama, los tres espejos del tocador multiplicaban el tilichero. La niña había volcado los cajones. Todas las cosas, que quién sabe cómo habían cabido en ese mueble, estaban desbalagadas sobre la mesa: las botellitas de esmalte rosa, los casetes que grababa con canciones de la radio, un enredo de collares, aretes, broches y pulseras. El tutú que según ella guardaría toda la vida había quedado apachurrado bajo el joyero y la caja de cosméticos. Los casetes de Alebrije, el grupo musical que tanto le gustaba, estaban apilados uno encima del otro en una torre a punto de caer. Sobre la silla acolchada había recostado los perfumes.

A mí no me gustaba ese mueble de ella, todo abrillanado, se le notaban las motitas de polvo y a cada rato estrellaba mis pies en las patas. Yo siempre dije que estaban

chuecas, pero la niña me corregía: «No están chuecas, sino arqueadas». Lo único que me gustaba del tocador era ver cómo la niña se maquillaba y cómo fruncía la nariz al oler sus perfumes. Los tenía en una hilera frente al espejo, de chiquito a grande. La niña decía que eran diferentes y a veces hasta me dejaba olerlos. Nunca se lo quise decir, pero a mí me gustaba más el olor a duraznos de su pelo.

—¿Quieres que arregle el tocador? —pregunté.

—No. —Señaló la alfombra—. Mira esa mancha, se me cayó el esmalte. —Ya me andaba por limpiarla cuando dijo—: Mañana, Lupe, no te preocupes por eso. —Meneó el dije—: Esto es más importante.

Yo sabía mucho de manchas y las de esmalte eran las más canijas. La alfombra se iba a quedar mugrosa si yo no la limpiaba ahí mismito, y esa torre de casetes a punto de caerse haría un estruendo que despertaría a doña Sara, pero no quise contrariar a la niña. Así que me quedé junto a ella, recostada, mirando el tiradero. Luego habría tiempo de limpiar.

—Entonces, aunque sea vieja, ¿esa joya cuesta mucho dinero?

—Precisamente por ser antigua cuesta tanto.

Acomodó el dije encima del edredón, en medio de las dos. Nos sentamos una enfrente de la otra como se sientan los indios. Las rodillas redondas y blancas de la niña casi rozaban las mías. Volvió a llorar. Me acerqué para que mis rodillas se juntaran con las suyas. No se movió.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Claro que estoy segura. Era de mi abuela.

—No de eso. De lo otro, de sacarte al niño. —Me arrepentí de decir eso, porque luego luego se hizo para atrás

y dejé de sentir sus rodillas. Hacía poco me había dicho que yo debía entender que ya no éramos unas niñas y que yo necesitaba darle su espacio. Por si sí o por si no, pregunté—: ¿Qué pasó?

—Lo dices bien feo, Lupe, eso de sacarme al niño.

Metió el dije a una cajita de terciopelo rojo y la dejó encima de la mesa de noche. Ese cubo de rúbic se le cayó a la alfombra, lo alzó y le dio por armarlo, pero lo dejó. Yo no hallaba si hablarle o no. Le había calado oír que le sacarían al niño, pero eso era lo que Pascuala iba a hacerle. Abrió el cajón y sacó una de esas bandas elásticas que usaba, la amarilla. Ésa le gustaba porque se veía del mismo color que su pelo. Así, con la frente despejada, se le veían retelindos los ojos. No se lo dije. Y de repente, como si ya se le hubiera pasado el enojo conmigo, volvió a hablar.

—Lupe, tengo miedo. Miedo de mamá y miedo de que se entere todo el mundo. Tengo miedo de quemarme en Los Amates, de que me digan puta.

Se recostó como antes. Yo me puse junto a ella con cuidado de que nuestros cuerpos no se tocaran. Nos quedamos un buen rato mirando las vigas del techo. Yo traía ganas de decirle esas cosas que me decía mamá del miedo, pero en cambio, me dio por hablar de las vigas del techo.

—Hacía tiempo que no las mirábamos juntas —dije y apunté hacia arriba. Ella no contestó. Después, cuando vi que se le iban cerrando los ojos y era hora de que yo me regresara a mi cuarto, dije—: Niña. Pascuala sólo recibe dinero por el servicio. Nunca joyas.

—Por eso quiero pedirte un favor. —Agarró la cajita de terciopelo, sacó el dije y lo alzó contra las vigas para que

yo también lo viera. Se miraba lindo—. Necesito que lo vendas. Mamá no se va a enterar. Te lo juro.

—¿Y quién es ella? —Señalé la cara blanca de una señora que estaba de perfil en el centro del dije—. ¿A poco es tu abuela?

—No, Lupe, por favor. —Andaba reteinquieta porque volvió a sentarse con la espalda recargada en la cabecera de su cama. A lo mejor le andaba doliendo el ombligo o la raya esa color tierra—. No es nadie, pero está hecha de porcelana y montada sobre oro macizo.

—Pues es muy linda. —Pasé el dedo por la cara de la mujer.

—¿Qué haces? —Dejé de tocarla—. Sólo tienes que venderlo. Nada más. Tienes que hacer eso por mí, Lupe. Mañana es tu día de salida, ¿no? Pues antes de subir a Cuitla, tienes que llevarlo al lugar de empeños que está aquí en el centro de Los Amates, ¿sabes dónde?

—Sí —dije. La mera verdad no sabía, pero me gustaba que la niña me pidiera cosas.

—Promete que lo harás, que lo harás por mí. —Me dio un beso en la mejilla, puso el dije en la palma de mi mano. Yo me quedé quieta porque me llegó su olor a duraznos—. Con ese dinero le pagaré a la doctora.

—Te lo prometo —dije.

Yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera por volver a ser su amiga. Aunque fuera un delito eso de sacarse al niño. A lo mejor siempre hubo algo retorcido en mí: bien en el fondo, me daba gusto tener a la niña Margarita así, en Cuitla, tumbada en mi catre.

TRES

Corrimos la cortina. La niña Margarita ya tenía la cabeza chiquitita del niño entre las piernas. «El niño va a salir solo, no nos va a dar lata, va a salir completo», dijo Pascuala nomás lo vio. Acercó la cubeta y me pidió un trapo. La niña estaba desguanzada en el catre.

Me quedé pensando en eso de que saldría completo. Sentí un agujero en la panza. Pascuala me pegó un grito. Mal terminé de volver con el trapo, cuando escuché otro alarido de la niña. Pascuala jaloneaba al bebé como si fuera un ternero. La niña dejó de gritar, se le llenaron los ojos de espanto.

—Le estás haciendo daño, Pascuala —dije.

—Tú eres una escuincla y no sabes de esto.

—Es que mírala, nomás. ¡Mírala! —grité.

—Me estás poniendo nerviosa, Lupe. Cállate o lárgate.

Pascuala agarró aire para jalar con más fuerza. El bebé se resbaló de repente, casi se cae al suelo. Me quedé pasmada al verlo. Parecía un niñito Dios, aunque esos caben en la palma de la mano y el de la niña estaba tan crecido que Pascuala tuvo que agarrarlo con las dos manos para sumergirlo en la cubeta de agua. Seguía pegado a la niña por una tripa larga. «Ya está muerto», dijo, aunque yo lo vi zangolotearse en el agua. Después se quedó quieto. Pascuala se puso a buscar sus lentes, yo los había visto caer

debajo del catre y, cuando se los di, me enseñó las manos embadurnadas. Se los tuve que poner yo.

—La niña se nos va a morir —dije en voz bajita cuando vi que cerraba los ojos.

—*Nombre*, Lupe, está desmayada nomás. De esto no se muere nadie. —Con los nudillos se dio tres golpecitos en la frente, tres en los labios y tres en el pecho. Luego dijo—: Amárrate el hocico, no vaya a ser la de malas.

Me pidió unas tijeras. Sólo tenía las que mamá usaba para destajar a las gallinas viejas y le dije que hacía rato que no las veía en la cocina. Pascuala me gritó para que me apurara y me dijo que las tijeras estaban en el gallinero junto a los ungüentos.

Al salir de la casa, vi que el cielo estaba negro. Faltaba rato para que amaneciera y, aunque el gallinero estaba ahí nomás, a tiro de piedra de la casa, era tanto el apuro que se me hizo lejos. Busqué las tijeras donde Pascuala me dijo: no estaban. Las hallé cerca de los nidos. Cuando se las puse en la mano, le quise decir que estaban sucias porque les vi un pegoste amarillo. No se lo dije porque le ganaban las prisas y porque me dijo que me había tardado mucho y que yo era más torpe que un burro. Apretó con los dedos la tirlanga que le colgaba entre las piernas a la niña. Batalló para cortarla porque los huesos de gallina habían achatado el filo de las tijeras.

El bebé flotó en el agua como un pescado muerto. Fue entonces que empezó a escurrir un reguero de sangre entre las piernas de la niña. Pascuala trató de taponearlo con el trapo de la cocina: «Esto nunca me había pasado», dijo de repente. Le quería preguntar qué era lo que no le había pasado, pero oí que la niña decía algo y me puse cerquita de

SEIS

Saqué la mano. El dolor era tan fuerte que, de haber podido, me hubiera arrancado el dedo. Tenía un puntito de sangre en la yema. Golpeé la caja contra el suelo, al voltearla, salió el alacrán. Era clarito, se le podían mirar los adentros.

Pasó por encima del pegoste de estampas. Debí aplastarlo ahí mismito con la caja, pero me quedé atarugada por el dolor y nomás alcancé a ver que se arrastraba por el suelo y se metía debajo del catre. Los alacranes negros no hacen daño. Yo me acordaba que a mamá no le había pasado nada aquella vez que fue a meter el pie en un zapato que tenía uno prieto ahí dentro. La verdad poco sabía del mal que hacían los güeros, porque era raro verlos.

Aquella vez mamá se había enroscado hasta alcanzarse el pie con la boca dizque para sacar el veneno; quizá yo debía hacer lo mismo, pero las punzadas eran tan canijas, que nomás no pude hacer nada más que apretarme bien fuerte el dedo.

Miré el mazacote de estampas y a como pude, con la mano izquierda, las fui separando. Algunas se rasgaron. La de San Judas Tadeo quedó como si nada. La escogí por eso y por la llama de fuego que llevaba encima de la cabeza. Eso le gustaría a la niña; además, San Judas andaba descalzo como la niña cuando su mamá no la veía.

Me vinieron unas ganas recias de llorar. Del pecho me salieron unos quejidos roncros que no parecían míos. Nomás no me salían las lágrimas, pero me temblaban mis brazos y mis piernas y no podía parar. En el baño mojé mi cara. Qué diferente se veía mi reflejo aquel día, cuando entré por primera vez a la casa de la niña Margarita.

En el recibidor había un espejo enorme, cubría la pared de piso a techo. Nos reflejaba a la niña y a mí, una junto a la otra por primera vez. Teníamos la misma altura y sin decirnos nada, sé que ella también pensaba en eso: éramos igualitas y opuestas. Como el maíz y el huitlacoche; ella rubia y yo morena, ojos azules y ojos de barro. La niña se acercó al espejo y abrió la boca muy cerquita como si fuera a besarse. Formó una nubecita blanca con el aliento que sopló.

—Mira. —Fue dibujando algo con el dedo—. ¿Te gusta?

—Sí —respondí, aunque la mera verdad no le hallé forma.

—Anda, ahora tú —dijo y, cuando me acerqué al espejo, escuché un grito.

—¡Margarita! ¡Contéstame cuando te llamo!

La niña se hizo a un lado. Yo me quedé pasmada mirando la aparición en el espejo. Era una mujer alta con el pelo crespo, tenía los ojos chiquitos y negros, igualitos a las piedras esas que había visto a orillas del Lago Negro.

—Mamá, me asustaste —dijo la niña. Ella no se asustó tanto como yo, porque se giró para verla. A mí los gritos me agarraron por los pies y no conseguí moverme.

—¿Eres la hija de Dolores? —le preguntó a mi reflejo—. ¿Lupe?, así te llamas, ¿no?

—Sí, señora —respondí.

—Mírame, Lupe —me ordenó—. Quiero verte bien.

Me fui moviendo despacito hasta tenerla de frente. Era tan alta como la vi en el espejo, parecía una rama seca. Tenía el pelo claro como el de su hija, pero no le brillaba, quizá por lo corto y crespo que era, o porque tenía las raíces blancas. Miraba como la gallina clueca cuando le iba a quitar un huevo. Cruzó los brazos y me revisó de arriba abajo. Iba a tocarme las trenzas, hasta estiró el brazo, pero quién sabe qué pensó y lo volvió a bajar. Yo me quedé un ratito nomás mirando el piso. Era blanco y lisito y en los pies descalzos se sentía como hielo.

—Mamá me dijo que podía venir hoy —dije, pero como el techo era altísimo, casi no se escuchó mi voz.

—¿Y en dónde está ella? —preguntó. Como yo no iba a decirle que a lo mejor le estaba quitando el vómito a los huevos, nomás levanté los hombros.

—Mamá, ¿me dejas que Lupe venga a mi cuarto? —La niña se puso cerquita de mí.

—Está bien, pero luego la dejas en la cocina —dijo como si yo fuera algo que se trae y lleva de un lado al otro. Luego, todavía con los ojos negros encima de mí, le dijo a su hija—: Tienes clase de baile, Margarita. Más vale que te vayas poniendo el leotardo y el tutú.

La niña se esperó a que su mamá se fuera para hacer una cuevita con las manos y decirme al oído: «No me gusta el *ballet*, sólo me gusta ponerme el tutú». Su voz se escuchó muy recio, se me erizaron los vellos del cuello. Me reí por eso, aunque ella creyó que me reía por lo del tutú. Yo no sabía qué era el tutú, pero poco importaba. Se fue corriendo por un pasillo larguísimo que tenía una alfombra verde. La seguí, pero me detuve en seco antes de pisar la alfombra. De rodillas, la toqué. Se sentía acolchonada y, si no fuera

ONCE

—¡Lupe! —Apenas si tuve tiempo de subirme los pantalones—. Te dije que no te salieras del gallinero. ¿Qué chingados haces ahí?

—Me puse mala —dije.

Gildardo y sus dos amigos me miraban.

El Nico no había cambiado mucho. Seguía teniendo el mismo cuerpo de grillo, brazos y piernas flacos y cabeza de punta de alfiler. Nomás se peinaba distinto, como los artistas se peinaban en los noventa: pelo largo por encima y rasurado en los lados. Así se peinaba Luis. Ni siquiera había pensado en él. Me mataría si supiera que lo dejé huérfano de bebé.

Un gordo con la cara llena de espinillas y cola de caballo, que debía ser el Brayan, me miró como se mira a un animal enfermo. Venía cargando algo, parecía una sábana blanca que apretaba contra su barriga. Los dos vestían ropas prietas.

Gildardo no vestía de negro, aunque se había cambiado. Llevaba una camisa que a leguas se veía recién planchada y pantalones de tela fina que no sirven para andar en Cuitla.

—Órale, váyanse yendo al gallinero, que ahí vamos —les dijo Gildardo. Esperó a que se fueran y me preguntó—: ¿Estás bien?

Alcé los hombros. Gildardo andaba inquieto, mirando para todos lados.

—Pues si te vuelve a dar la corretilla, cagas donde las gallinas —dijo y estiró el brazo para ayudarme a salir de las matas—. Nadie te puede ver aquí afuera. Nadie.

Entramos los cuatro al gallinero. Gildardo dijo no sé cuántas cosas. El Brayan y el Nico no dejaban de mirarme. Yo también me miraría si fuera ellos y supiera que adentro de la casa tenía dos muertos. El Nico dijo de repente: «Tan calladita, Lupe. ¿Quién se iba a imaginar?». Gildardo le metió un zape y con eso lo calló. Lo que él pensara de mí, a decir verdad, me importaba poco. Lo que más miedo me daba eran los ojos del tal Brayan; tenía las pupilas encogidas.

—Bueno, flaquita —dijo Gildardo—, tú te quedas adentro del gallinero. El Nico y yo vamos a entrar a la casa a recogerlos. El Brayan se queda a vigilar.

La cabeza me dio vueltas nomás de pensar que la niña y el bebé eran algo que se «recogía». Se recogen los huevos recién puestos, las ropas del tendedero, las flores que caen de la buganvilia; se recoge la basura en casas y parques; el tripero de los tlacuaches cuando bajan a Cuitla y cruzan sin ton ni son las calles; las cacas de los perros, las frutas negras del frutero.

El Brayan no dejaba de mirarme. Eructaba como si anduviera indigesto. Gildardo se le puso enfrente y le dio un empujón que no consiguió tambalearlo ni tantito.

—¿Qué le ves a Lupe, pendejo? Acomoda la sábana ahí en la tierra, ¡órale! —Esperó pegadito a mí hasta verlo salir del gallinero. Sacó un paliacate que llevaba hecho bolas en el bolsillo de su pantalón y le dijo al Nico: —Te dije que traieras algo para el olor.

—No me dijiste nada, cabrón. ¿A poco está tan mal la cosa?

—Ponte esto. —Le acerqué el trapo con el que había limpiado las cacas de los huevos.

Gildardo y el Nico pisaron la sábana que había estirado el Brayan entre el gallinero y la casa. Me dieron ganas de salir a sacudirle las pisadas, estirla, dejarla lisita y sin arrugas, así como le gustaba a la niña que le alistara la cama.

Luego de un rato, el Nico se asomó. Le dijo algo al Brayan y él se encaminó hacia mí. Puse la mano en el gancho de la puerta para que no entrara al gallinero.

—Dice Nico..., que no..., —tosió, se le puso la cara roja, echó un gargajo a la tierra y luego dijo—, no está el bebé.

—Dentro de la cubeta. Ahí estaba, diles que busquen bien..., en el fondo del agua.

El Brayan soltó una risa por la nariz. Era un puerco, un puerco enorme.

—Estás culeada —dijo, se dio unos golpecitos en el pecho y eructó.

Fui dando pasitos hacia atrás para que se largara. No quería oler su aliento a ajo, ni que me recordara que sí, estaba culeada y no dejaba de pensar en esa imagen del bebé metido debajo del catre esperando a que fuera yo quien entrara a buscarlo.

De repente el cielo se puso oscuro. El único reloj que podía darme las horas estaba colgado en la pared de la cocina. Mamá nunca quiso poner reloj en el gallinero por miedo a que las gallinas sintieran la apuración del tiempo y se negaran a poner huevos. No debía ser tarde. Esa negrura tan sin aviso era de tormenta. El primer trueno se

oyó bien lejos. El segundo, uno de esos que hacen un ruido como de cristal desquebrajado, fue el que trajo la lluvia. Las gallinas se alborotaron con el golpeteo del agua en las láminas del techo. Me asomé a la casa. Ni con el agua el Brayan se movía.

En ese momento, Gildardo y el Nico salieron con la niña en brazos.

La lluvia arreció, los relámpagos le hacían rasguños al cielo. El ruidajal de las láminas y la algarabía de las gallinas no me dejaron oír lo que Gildardo le dijo al Brayan, pero vi que el gordo entraba a la casa.

Las puntas del pelo de la niña acariciaban la tierra. Gildardo la cargaba de los hombros y el Nico la llevaba por los pies. La pusieron encima de la sábana.

Yo no hacía más que imaginar que las piedras le iban a rasgar la espalda, que se le iba a enlodar el pelo, que su piel no estaba impuesta al frío. Gildardo me vio salir del gallinero. No dijo nada. Le hizo señas al Nico para que se hiciera a un lado y me dejara ver.

Miré a la niña Margarita por última vez. Las gotas de lluvia caían como navajas sobre sus mejillas, hacían charcos en sus párpados, lavaban la sangre de su camisón. Quise tocarla, pero Gildardo me detuvo el brazo.

—No —dijo.

Antes de que pudiera preguntar por qué, vi salir al Brayan de la casa. Venía cargando la cubeta. Como si fuera el agua con la que uno exprime un trapeador, la vació sobre la tierra.

—¡No mames, güey! —gritó Gildardo—. ¿Qué hiciste?

No podía, no quería ver al bebé. Fijé la mirada más allá de los matorrales, en las cimas negras de los cerros que,

DIECISIETE

—¿Qué encontraron? —escupí las palabras. Encajé mi uña en la herida de la mano, el ardor me mantuvo en pie. Esperé el fustazo: hallaron el diario.

—Mejor dicho, no encontraron —dijo el patrón—. ¿Sabes lo que es un dije?

—No, patrón. —Sacudí la cabeza para ahuyentar el perfil de la mujer de porcelana.

—No pasa nada, Lupe —dijo—. Es normal que no lo sepas. Un dije es una especie de medalla y Margarita tenía una que antes fue de mi madre, es realmente valiosa.

—¿Y por qué dice que no la hallaron? —un corrientazo me envalentonó a preguntar.

—Pues verás. Hace tiempo que yo no visito esta casa por razones que no hace falta mencionar, pero conozco la cajita en la que mamá guardaba esa joya. —Metió la mano al bolsillo de su pantalón para sacarla. El terciopelo se veía más encendido que aquella noche. La giró y dijo—: Acércate, mira bien, ¿qué lees?

—Virginia de Lascuráin —la voz me temblaba. Tosí y seguí leyendo—. Mil novecientos treinta y tres. Amor de mis amores.

—Papá era un eterno enamorado —dijo—. ¿Sabes por qué le regaló ese dije a mi madre?

—Porque la quería mucho. —Odié esa voz amelcochada que era todo, menos mía.

—Eso también —dijo.

Lejos de sentir alivio, yo me iba hundiendo. Algo me decía que la niña Margarita veía a su papá con mis ojos, que eso que nos había unido desde chamaquitas seguía vivo y por eso la niña estaba ahí, sintiendo lo que yo sentía, mirando a su papá desmoronarse por no saber dónde estaba. Se me avivaron las náuseas.

—En realidad fue un regalo por mi nacimiento —siguió diciendo el patrón—. Hace exactamente sesenta años.

—Qué bonito —dije porque imaginé que eso diría la niña.

—Lupe, escúchame bien. —Abrió la cajita—. El dije no está y eso puede significar dos cosas: alguien lo robó o Margarita se lo llevó para subsistir fuera de esta casa.

—Aquí nadie robamos. No robamos, digo.

El patrón se levantó de la silla. Quién sabe si por la culpa que yo cargaba o nomás porque sí, pero el patrón se veía cada vez más alto y yo me iba encogiendo.

—Los oficiales insisten en que tendrán que volver a hablar con Rosario, con Gael y Ramón y, claro, contigo. Mencionaron que después irían a revisar las casas de empeño. Sé que no robarías, créeme que se te ve de madera noble —dijo—, por eso te pido que me digas la verdad: ¿Margarita se escapó de casa?

—Es que ya le dije que no sé nada. —El patrón se desplomó en la silla.

—Pronto lo sabremos, Lupe —dijo de repente—. En las casas de empeño llevan un registro de los clientes, nombre y número de teléfono.

Sin hallar qué hacer con tanta angustia, le pedí que me dejara «retirarme», así se lo dije, porque Rosario necesitaba ayuda con el padre y con la patrona. Quién sabe cuántas cosas le dije porque se tallaba los ojos con hartazgo. Antes de salir vi que se cubría la cara. Sus manos, abiertas como alas, me recordaron a las polillas terregosas que se encaraman en los techos.

La policía iba a volver. Hablarían conmigo. Nadie me había visto con Gildardo y era retevivo como para andar dando su nombre verdadero en la casa de empeño. Lo del teléfono no me preocupaba, a Cuitla no llegaba el cableado. Gildardo ya me lo había dicho: «Sé cómo manejarme». Yo ni siquiera le había preguntado cuánto dinero cobró por el dije. Agarré el fajo de billetes y así mismo se lo entregué a la niña. Ya luego lo contamos juntas. A lo mejor Gildardo se había quedado con algo de ese dinero. Cuando le pedí el favor, clarito vi que le brillaban los ojos; aunque bien podía ser por el sol porque ese día andaba enrabiado.

Le había dicho que necesitaba verlo y que podíamos encontrarnos en la vereda.

—¿Y esto qué?

—Es un dije, algo que vale dinero.

—¿Y a quién se lo bajaste? —Gildardo lo veía contra el sol de la tarde—. Es de oro.

—No se lo bajé a nadie, lo encontré tirado en la parada del camión.

—Lupe, la gente que se trepa al camión no lleva estas cosas puestas. —Movié el dije frente a mi cara—. Yo te lo vendo, claro. Sé cómo manejarme en las casas de empeño, pero tienes que decirme a quién se lo robaste.

VEINTINUEVE

Las medicinas que el doctor Quiñones le dio a doña Sara debían ser fuertes, pasó casi todo el día dormida. Mal había comido un pedazo de pan tostado que le llevé en la mañana. No me habló. Me hizo señas para que me acercara y tocó mi pelo, que yo había soltado antes de entrar a verla.

A eso de las seis de la tarde, Rosario me dijo que se iba a poner a planchar y que yo me encargara de la patrona. Ya en su cuarto, esperé un buen rato para asegurarme de que estuviera bien dormida. Luego, abrí todos los cajones de su buró. Nada: misales, rosarios, estampas de santos y Vírgenes. Una que otra pañoleta que jamás usaba, casi todas grises y blancas; de joyas, nada. Todas las gentes ricas tienen cajas fuertes y, por más que a doña Sara no se le diera eso de ser coqueta y fuera más bien gris, debía tener joyas en alguna parte.

Me aseguré de que siguiera dormida antes de entrar a su clóset. Olía a naftalina. Rosario era la que se encargaba de asear el cuarto de la patrona. Yo pocas veces había entrado a su clóset. Gildardo tenía que ir a la segura; así que pasé un buen rato revisando todos sus cajones, moviendo los ganchos de las ropas, y ya cuando me sentía mareada por el olor a naftalina, noté algo raro.

A la altura del piso, cerca de la zapatera, vi una rejilla de aire acondicionado. En dos de las paredes, muy cerca del

techo, conté dos rejillas más. Eran diferentes. La que estaba cerca de la alfombra era blanca. Las de las paredes eran de color metal. A nadie se le ocurriría poner aire en los pies. Toqué la rejilla: estaba floja. Los tornillos estaban sueltos y no hizo falta más que darles unas vueltas para que se cayera a la alfombra.

Ahí detrás, estaba la caja fuerte.

—Margarita —oí la voz de la patrona. Recargué la rejilla frente a la caja fuerte y salí.

—Aquí estoy.

—¿Qué me dijiste? —se enderezó en la cama—. No te escuché.

—Que aquí estoy —dije.

—No, antes, algo me dijiste.

—Estabas dormida —asustada, miré el techo.

—¿Qué horas son?

—Más de las ocho —dije.

—Quiero bañarme.

Le pedí ayuda a Rosario. Yo no quería ver a la patrona desnuda, ni enjabonarla, ni tallarle la cabeza que ya se le había llenado de canas. Rosario me dijo que ella no podía sola y que sería mejor asearla entre las dos. Así lo hicimos. La sentamos en un banco de plástico que Rosario trajo de la lavandería. Verla debajo del chorro de agua, daba lástima. Tenía el cuerpo enjutado, se le podían contar los huesos de la espalda. Tardamos en quitarle el olor agrio. Rosario le enjabonó el pelo. Yo le alcé los brazos y los imaginé alas negras y desquebrajadas de tanto revolotear contra la jaula.

Cuando terminamos, Rosario fue a traerle la cena. Yo me senté a los pies de su cama y me quedé ahí bien atenta a su mirada de agua encharcada.

—Gracias —dijo de repente.

—¿De qué?

—Gracias —repitió.

Nos quedamos a verla comer. Seguía con apetito y hasta sonreía entre bocado y bocado que yo le iba dando.

—Ya viste qué bonita se ha puesto Margarita —dijo al terminar.

—Sí, señora —dijo Rosario—. Es hora de sus medicinas.

—No quiero tomarlas. Ya no las necesito.

—Pero el doctor dijo que sí, señora. —Rosario le acercó las pastillas y, de un manotazo, la patrona las tiró a la alfombra.

—No voy a tomar nada. Ya te puedes retirar y dejarnos solas, Rosario.

Podría sacarle la clave de la caja fuerte, podría hablarle y pedirle que me dejara probarme sus joyas y podría recostarme con ella y dejar que me peinara y peinarla yo.

—Buenas noches, señora —le dijo Rosario y me espantó verle el ojo malo cuando me miró para decirme—: Buenas noches, hija.

—Que pases muy buenas noches, Rosario —le dije.

Cerré la puerta y me recosté junto a la patrona. Agarré su mano y la dejé caer sobre mi cabeza. Doña Sara hablaba y hablaba. Decía cosas de Dios y de la Virgen y los santos y de la resurrección de la carne y a mí se me fueron cerrando los ojos y hasta creo que me dormí, porque alcancé a ver que la niña se acurrucaba junto a nosotras dos.

—¿Dormiste bien? —preguntó Rosario a la mañana siguiente cuando me vio entrar a la cocina. Ya se había bañado, llevaba el pelo recogido en esa cebolla blanca y

TREINTA

La mañana siguiente al abrir los ojos, me encontré con los de doña Sara. Estaba parada en la puerta del cuarto mirándome. Traté de sentarme, pero como la litera estaba pegada al techo, nomás me alcé con los codos. Sonreí. Ella también.

—Señora —dijo Rosario. Ella sí se levantó.

—¿Qué haces aquí, Margarita? —me preguntó la patrona.

Ni Rosario ni yo nos atrevimos a decir nada. Luego, nos dio la espalda y se fue. Nos pusimos el uniforme y salimos a la cocina; la patrona no estaba ahí. Rosario preparó café y me pidió que fuera a su cuarto a ver cómo estaba.

Una luz gris rata tiznaba la casa. Doña Sara no estaba en su cama. El polvo daba vueltas encanijado en la única franja de luz que entraba entre las cortinas. Al abrirlas, hallé a doña Sara recostada en la alfombra, se agarraba las rodillas.

—Margarita —dijo al verme.

—Buenos días, mamá —dije yo. Y la ayudé a subirse a la cama.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—Es sábado —dije y me escurrí de su cuarto nomás vi la oportunidad.

A doña Sara había dejado de importarle la cuenta de los días y justo la mañana del robo, le dio por preguntar qué

día era. Se le había despertado eso que las gentes llevamos dentro, que no tiene voz, pero que grita desde las tripas que algo malo va a pasar.

Yo a cada rato pensaba en Gildardo, en sus modos conmigo, en la caminata que íbamos a tener que hacer para cruzar al otro lado y en que faltaban cada vez menos horas para que entrara a robar. Se decía que allá en Estados Unidos pagaban bien y que las gentes podían hacer una buena vida. La mera verdad, a mí no me importaba eso; yo nomás quería estar en un lugar donde nadie supiera nada de mí, donde no hubiera fosas, ni cuerpos restregados de lodo, ni aguas turbias: un lugar donde se me fueran muriendo de sed los pájaros negros del pecho.

Mientras hacía el quehacer, mientras quitaba el polvo, trapeaba el mármol y aspiraba las alfombras, se me amontonaron los miedos. No sólo por el robo. Bien o mal de la cabeza, la patrona se sosegaba al verme. Cuando yo desapareciera, se le desaparecería para siempre Margarita.

Eso terminaría de matar a doña Sara. Y a Margarita, que ya de por sí se me andaba apareciendo, como si penara su alma por estar en una fosa, sin velación y sin siquiera la estampita de algún santo; le arrancaría la poca paz en la que los muertos deben descansar.

A eso del mediodía volví al cuarto de la patrona. Me acerqué a su cama para ver si nomás estaba recostada, le pasé la mano cerquita de los párpados. No se movió. Entré al clóset. Por más que anduve muévele y muévele, no pude abrir la caja fuerte. Entonces, traté de sacarla del huacal en el que estaba retacada. Dos, tres jalones nomás y se movió. La fui arrastrando hasta dejarla caer a la alfombra. No era tan grande, quise alzarla y, aunque pesaba, Gildardo era

fuerte y podría llevársela así nomás. Volví a meterla al hueco y la tapé con la rejilla; la patrona se había despertado y me miraba desde su cama.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada —dije. A lo mejor ya se le había olvidado que yo era Margarita. Por eso me fui.

Las horas se escurrieron como lodo. El Güero ya andaba de mejor ánimo, lo vi lamer su plato hasta no dejar ni rastro de alimento. Fui yo quien no quiso comer y no fue por malsentirme. Rosario había preparado el caldo con las verduras cortadas en cuadros chiquititos, como a mí me gustaban. Cuando nos sentamos una frente a la otra en la mesa de la cocina, se dio cuenta de que yo nomás meneaba a las verduras, las alzaba en la cuchara y volvía a ahogarlas en el caldo. Seguía rejega, por eso no me dijo nada.

Ya cuando el sol se andaba poniendo, el patrón llegó a la casa y se fue derecho a la cocina. Ahí me encontré, limpiando la plata porque no hallaba en qué más ocuparme. Me dio la noticia: Ramón había muerto a las cinco de la tarde. Miré el reloj del microondas. Eran las seis. La mera verdad, sentí feo de pensar en las horas que faltaban para el robo, en lugar de pensar que Ramón llevaba una hora muerto. Quise rezarle un padrenuestro, pero nomás no me salió.

Rosario, que se había puesto a planchar unos manteles que ya ni se usaban, se acercó cuando la llamé. Al ver al patrón supo que no traía buenas noticias antes de que se las diera.

—¿Se fue en paz? —fue lo único que preguntó.

—Sí, se fue en paz —repitió el patrón y yo me acerqué a abrazarla.

Las luces de la camioneta nomás aluzaban un tramo corto del camino. Dos o tres veces vi faros que venían en el carril de vuelta; aunque en esa negrura nadie sabe quién va o quién viene. En esa negrura, la noche siguiente, Gildardo y yo cruzaríamos la frontera.

Gael dijo que ahí, a las afueras de Los Amates, había un terreno que era «tierra de nadie». De repente bajó la velocidad y anduvimos hartito rato por un camino lleno de matas. La camioneta se zangoloteaba toda. Yo nomás pensaba en el pobre del Güero, en que segurito que ya se le había caído la sábana. La camioneta se detuvo de repente. Gael apagó el motor, pero dejó las luces prendidas. Fui a mirar al Güero.

—Debimos amarrarlo —dije porque vi su cuerpo en una esquina y sin sábana.

Había mucha piedra. Con la pala, Gael se puso a picar el suelo hasta encontrar un lugar de tierra blandita. Yo volví a cubrir el cuerpo del Güero con la sábana, lo bajé de la camioneta y lo cargué hasta donde estaba Gael.

El cielo empezó a ponerse raro, ya se veía una franja; allá, bien lejos, bien abajo, menos negra. Gildardo me esperaba a las seis y yo ni siquiera sabía qué hora era.

Gael había dejado las llaves pegadas a la camioneta, pero yo no sabía manejar.

«Jacaranda #13», repetí la dirección en mi cabeza.

Me esperaba. Gildardo me esperaba. A lo mejor me había dicho las seis pensando en las siete; o quizá no, quizá al dar las seis y no verme, volvería a la casa y, ensañado, le contaría todo a doña Sara y ya no podría escapar.

Miré el bulto sobre la tierra: blanco y quieto. El Güero ya se había encerrado en el ensimismamiento de los muertos.

El rumor del viento me hizo alzar la cara, el sol ya andaba tiznando de rojo el cielo.

Agarré la pala y me puse a cavar.

Gael amarró dos carrizos, mal parecía una cruz.

El regreso a la casa lo hicimos en silencio. Gael fumaba un cigarro tras otro y yo miraba el cielo, que ya se había puesto clarito y azul como los ojos de la niña.

Al vernos llegar, Rosario salió gritando: «¡Hay un hueco en la pared del clóset de la patrona!, ¡se los dije! ¡Alguien entró a la casa!».

Gael agarró una pala y empezó a recorrer cada rincón de la casa.

Yo sabía que ése era el momento, que podría salirme ahí mismito y correr hacia la casa esa, «Jacaranda #13», donde tenía que encontrarme con Gildardo, pero me fui derecho a ver a la patrona. Seguía dormida. El reloj marcaba las cinco y cuarenta y cinco. Me senté en el tocador. Sí, era lindo el esmalte rosa. «No me gusta, me encanta», murmuré mientras iba pintando mis uñas una por una. Me recosté a los pies de la cama, ya entraba luz y me puse a mirar las vigas del techo que el sol había traído de regreso.

Se estaba bien ahí.

—Margarita —la voz de doña Sara me agarró a mitad de un sueño.

Soñaba que me había largado, que andaba sola en el desierto buscando agua para beber y que veía un lago; bonito y cristalino se miraba desde lejos, pero al acercarme el lago no era lago sino un nido enorme de pájaros negros.

—¿Qué pasó, mamá?

—¿Qué haces ahí? —me preguntó.

—Tuve una pesadilla —dije.